

Estefanía

Son tantos los buenos momentos y recuerdos de Nicaragua que es difícil no se agolpen y hormigüeen en el teclado. Pasado un periodo de aclimatación, a los pocos días de mi llegada allí ya me sentí como en casa. Tania y toda su familia me recibieron con los brazos abiertos, con una generosidad y un cariño enormes. En la escuela, los maestros y Marcia, la bibliotecaria, no se quedaron atrás y me ofrecieron todo su apoyo y camaradería. El grupo de mujeres a las que tuve la fortuna de entrevistar fueron todo un ejemplo de dignidad, valentía y compromiso vital. Estas mujeres no dudaron en abrirme las puertas de sus hogares, haciéndome cómplice de sus historias personales y familiares. Para todos ellos, para mi familia nica, para toda la escuela, para el grupo de mujeres (Adilsa, Luz Marina, Paula Lucía, Zenaida, Marcía, Socorro, Iliana) sólo puedo tener un sentimiento de inmensa gratitud y afecto.

Tampoco podría pasar por alto al grupo de voluntarios y voluntarias que hemos coincidido este año 2016. Es un sentimiento compartido que durante esas semanas tejimos vínculos que nos ayudaron a hacer piña, y, paralelamente, abrimos a la experiencia y disfrutarla en plenitud.

Durante mi estancia en la comunidad de Los Pocitos sentí que, en muchos aspectos, volvía a ser niña, sin las premuras, los miedos y las rigideces que a veces imponen los “mayores”. Me envolvió esa sensación de volver a la infancia en muchos momentos, por ejemplo jugando con los chavalos en el patio de la escuela y en el cuadro de beisbol, saltando a la comba, lanzándome en tobogán, bailando con los pies descalzos, improvisando una obra de teatro, manchándome de pintura o librando un duelo de cosquillas. Y sea paradójico o no, siento que esa vuelta a la niñez me ayudó a crecer.

Un mes de estancia puede parecer corto, pero la intensidad de lo vivido allí no se mide por el transcurrir de los días en el calendario. Con la perspectiva que da revivir las cosas, una vez se van asentando en el recuerdo y en el corazón, es cuando toca hacer balance, (re)pensarse e interrogarse, a nosotros mismos como individuos y también a la sociedad de la que formamos parte. La experiencia de voluntariado en León te desplaza y voltea de tus coordenadas habituales para permitirte conocer y aprender de otros contextos y gentes que, tal y como descubres al regresar y hacer de nuevo pie en tu realidad cotidiana, han dejado su poso en el corazón.

Creo que el voluntariado en tierras nicaragüenses, de la mano del hermanamiento, me ha mostrado cada día la belleza de lo «chiquito», de lo sencillo, de lo que verdaderamente nos hace humanos; de lo que hace de nuestra vida algo gozoso y bello, como es cultivar los afectos, la amistad y el juego, así como también lo que significa aprender desde la empatía, el apoyo mutuo y la solidaridad. Y todo ello, en estos tiempos que vivimos de blindaje de fronteras físicas y mentales, de azote de miedos y odios, creo que supone algo realmente revolucionario y transformador que cambia la mirada y sacude por dentro.